

La pareja y el amor

Rodolfo Moguillansky

La pareja y el amor

Bienestares y malestares en el vínculo

 **Lugar**
Editorial

Moguillansky, Rodolfo

La pareja y el amor / Rodolfo Moguillansky. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2025.

154 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-892-885-6

1. Relaciones de Pareja. 2. Psicología. 3. Psicoterapia de Pareja. I. Título.
CDD 158.24

Edición: Mónica Erlich

Diseño de interior: Silvia C. Suárez

Imagen de tapa:

© Rodolfo Moguillansky

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-885-6

© 2025 Lugar Editorial S. A.

(C1237ABN) Castro Barros 1754

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4922-3175 / (54-11) 4924-1555

WhatsApp 11-2866-1663

lugar@lugareditorial.com.ar

www.lugareditorial.com.ar

lugareditorialdigital.publica.la

facebook.com/Lugareditorial

instagram.com/lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

Índice

Introducción	7
Capítulo 1. ¿Qué es una pareja de la modernidad?	21
Capítulo 2. ¿Qué es el amor?	33
Capítulo 3. ¿Cómo se concibió el amor en la pareja a lo largo de la historia?	39
Capítulo 4. La pareja moderna es una construcción cultural reciente, es una producción social del siglo XX y que sigue vigente en el siglo XXI	53
Capítulo 5. ¿Qué modalidades de pareja conviven en Occidente en este último siglo?	61
Capítulo 6. La ilusión del amor recíproco. El amor pasional y el amor moderado.....	65
Capítulo 7. ¿Cómo funciona el imaginario común de la pareja moderna?	69
Capítulo 8. ¿Cómo se arma una pareja en nuestra sociedad y en nuestro tiempo?	73
Capítulo 9. Amor y orden	79
Capítulo 10. Bien común y bienestar vinculares	83
Capítulo 11. El bien emocional y el bien ganancial	117
Capítulo 12. Dos relatos acerca de bienestar y malestar vinculares	119
Reflexiones finales	145
Bibliografía	147

Introducción

Este texto con el formato de un “Ensayo”, se ocupará de delimitar conceptualmente “los bienestares y malestares del amor en la pareja moderna”.

Definimos operacionalmente como “pareja moderna” a la pareja que surge, como una forma relativamente generalizada de apareamiento, después de la Primera Guerra Mundial en Occidente Urbano. Esta pareja (moderna) encuentra su singularidad en que está constituida libremente por los que la instituyen –a diferencia de la pareja concertada por las familias de origen que regía previamente y el lazo que crean se apoya en la suposición de que lo que los une es el amor mutuo recíproco. Esta pareja es la que Denis de Rougemont (1958; 1961) llamó un “invento de Occidente”.

Se discute si esta pareja moderna, con este formato, sigue existiendo en nuestra sociedad, si sigue vigente y si el supuesto que la instituye, “el amor”, continúa siendo su basamento. Postulamos que, si bien han aparecido nuevas formas de pareja, a diferencia de lo que ha ocurrido con las familias, que se han diversificado, no parece haber perdido vigencia en buena parte de las parejas actuales, aun en sus nuevos semblantes, los fundamentos de la modernidad que dieron lugar a este “invento de Occidente”.

Haremos un breve recorrido del “estado de la cuestión” en este tema.

Paula Sibilia y Christian Ferrer (2016) plantean frente a esta cuestión que un rasgo notorio de la actualidad es el desarrollo desigual y combinado entre la “forma familia”, que ha demostrado ser dúctil y adaptativa, y la “forma pareja”, que a pesar de los intensos sacudones sigue siendo poco flexible.

Lo que subyace al texto de Sibilia y Ferrer es que, más allá de las discutibles calificaciones de dúctil y adaptativa y poco flexible, la pareja, a diferencia de la familia, sigue conservando buena parte de su formato en la actualidad.

Es interesante esta diferencia entre la diversidad de formas que ha tomado la familia en estas últimas décadas y cómo la pareja, en cambio, no parece haberlo hecho.

En este texto no es la familia nuestro objeto de estudio sino la pareja, específicamente los bienestares y malestares del amor de la llamada “pareja moderna”. Solo como digresión digamos que han corrido ríos de tinta describiendo la emergencia de nuevas configuraciones familiares. Entre ellas destacamos como piensa esta diversidad Elizabeth Roudinesco en su libro *La familia en desorden* (2002, p. 11) cuando dice en el prólogo:

Fundada durante siglos en la soberanía divina del padre, la familia occidental se vio, en el siglo XVIII, ante el desafío de la irrupción de lo femenino. Se transformó, entonces, con la aparición de la burguesía, en una célula biológica que otorgaba un lugar central a la maternidad. El nuevo orden familiar logró poner freno a la amenaza que representaba esa irrupción de lo femenino, a costa del cuestionamiento del antiguo poder patriarcal. A partir de la declinación de éste, cuyo testigo y principal teórico fue Freud al revisitar la historia de Edipo y Hamlet, se puso en marcha un proceso de emancipación que permitió a las mujeres afirmar su diferencia, a los niños ser considerados sujetos y a los “invertidos” normalizarse. Ese movimiento generó una angustia y un desorden específicos, ligados al terror por la abolición de la diferencia de los sexos y, al final del camino, por la perspectiva de una disolución de la familia.

Nosotros también puntualizamos en *Teoría y Clínica Vincular* (Moguillansky y Nussbaum, 2013-2014) cómo han cambiado las familias y señalamos entonces la diversidad que hay hoy en día en las configuraciones familiares. Diferenciamos en nuestro medio entre familias de la premodernidad, de la modernidad, de

la posmodernidad (ensambladas, homoparentales, monoparentales), las que pertenecen a otros paradigmas culturales y las que son marginales al imaginario social y al marco jurídico.

Siguiendo con el tema de la diferente evolución que han tenido las familias y las parejas, citemos a Tamara Tenenbaum en lo que escribió en el suplemento “Ideas” de *La Nación* del domingo 19 de febrero de 2017 comentando el texto de Sibilia y Ferrer en la nota: “Monogamia siglo XXI. ¿Por qué las familias cambian pero las parejas no? Mientras los modelos de familia se hacen más flexibles e inclusivos, el contrato de a dos resiste y el ideal de amor romántico se vuelve más exigente. ¿Un edificio con los cimientos en crisis?”.

Tenenbaum decía que más de un lector, ante la nota de Sibilia y Ferrer se preguntó: “¿por qué, si en los últimos años, las familias han cambiado tanto, las parejas parecen haber permanecido relativamente intactas?”. Planteaba que si bien los autores de la columna –Sibilia y Ferrer no ignoran que los vínculos de pareja en muchos aspectos se han modificado, las formas de pareja más habituales en la actualidad, las parejas que instituyen las familias ensambladas o las parejas que se salen de la norma heterosexual tienen formatos y fundamentos parecidos a la forma que tomó la pareja a partir del siglo XX, en cambio, las parejas abiertas, el poliamor o las parejas *swingers*, aunque sin duda han aumentado, siguen siendo fenómenos no generalizados o al menos poco visibles; incluso, suelen ser menos populares hoy que en los años 60 o 70.

En los años 60 o 70, época de mayor efervescencia del movimiento *Hippie*, la Gay Society y la Generación Beat, el amor libre había encontrado una gran difusión. A modo de ejemplo de esa mentalidad recordemos tanto el evento que le dio al verano de 1967 el nombre de “verano del amor” como las experiencias comunitarias en esa época en San Francisco, Big Sur (California), en las que regía el amor libre. Estos modos de relación amorosa iban más allá del mundo *Hippie* o *Beat*, e incluso parecía que llegaban a la clase media formal como lo mostraba el *film Bob y Carol y Ted y Alice*. Sin embargo, aunque la sociedad no quedó igual después de estos procesos, estas formas amorosas y/o de

relación sexual no se generalizaron ya que después si bien se incorporó una mayor libertad sexual, no se creó un modo de pareja esencialmente distinto del modelo previo.

Tenenbaum, partiendo de la hipótesis de Sibilia y Ferrer en la que señalaban el “no cambio en el formato de la pareja”, lanza una investigación ambiciosa: “¿Qué rol cumplen la pareja y la monogamia en el siglo XXI? ¿Cómo han logrado estas instituciones mantenerse tan firmes a través de todos los cambios de las últimas décadas? ¿Es real esa firmeza o es una ilusión superficial, un edificio al que, invisibles, se le están pudriendo los cimientos? ¿Cómo puede ser reapropiada o resignificada la pareja en los tiempos que corren?”.

Tenenbaum plantea que vale la pena preguntarnos “¿qué es lo que sí se modificó en los últimos 20 años en relación con la monogamia y la vida de pareja?”. Para responder a esta pregunta cita a Eleonor Faur y Alejandro Grimson (2016) cuando postulan que si bien aumentaron los divorcios y las uniones consensuales, el matrimonio perdió popularidad a ritmos acelerados, a lo que se sumó la legalización de las parejas de la diversidad sexual, sin embargo, en el terreno legal y en términos culturales, las parejas *suelen solo admitir un contrato de a dos*. También destaca que estos contratos son mucho más frágiles que en el pasado.

Afirman que a *contrario sensu* de cierto mito del imaginario social que sostiene la pérdida de vigencia del amor –como también lo suelen sostener los textos que se alinean en el posestructuralismo–, el ideal del amor romántico no solo no caducó, sino que se volvió aún más exigente. Este ideal, hoy supone sostener el amor, la pasión y la comunicación entre dos personas para armar una pareja sin renunciar a los proyectos individuales de cada uno.

Faur y Grimson explican que muchas veces se soslayan o no se toman en cuenta los nostálgicos recuerdos de “los matrimonios de antes”, especialmente les sucede a aquellos que no los vivieron y extrañan un pasado que, como todos los paraísos perdidos, nunca existieron. En el mundo contemporáneo le exigimos mucho más a la pareja en el terreno del amor de lo que se le exigía en otros tiempos, incluyendo en esta exigencia amorosa la

compatibilidad de la misma con la independencia personal, con el trabajo de cada uno, con los vínculos que cada uno tiene con otros e incluso con el modo en que cada uno concibe lo atinente a la felicidad individual.

Isabella Cosse, investigadora independiente del CONICET y de la UBA, describe en *Pareja, sexualidad y familia en los años 60* (2010) que “la doble moral que caracteriza al tratamiento de estos temas hace difícil leer los cambios a lo largo de la historia”. Dice en ese texto:

La hegemonía de la pareja estable siempre tuvo fuertes fisuras. En 1940 casi uno de cada tres niños al nacer era inscripto como hijo natural o ilegítimo. Esa realidad nos permite darnos cuenta de los límites que la propia monogamia tuvo en la experiencia de muchas personas en el pasado.

Coincide, no obstante, con el diagnóstico de Faur y Ferrer y aporta algunos datos interesantes: ha aumentado en estos años la cantidad de hogares con niños que están a cargo de mujeres (pasaron del 18% en 1994 al 26% en 2005) y los hogares unipersonales (del 14 al 16,5% en esos mismos años). Pero también, acentúa, que disminuyó la proporción de quienes nunca estuvieron unidos. Es decir: aumentaron las personas que no han vivido en pareja, pero simultáneamente aumentaron las que han experimentado una relación de pareja en su vida.

Esto último lleva a pensar que no existe una devaluación del valor social de la pareja, sino una mayor expectativa sobre lo que ella debiera ofrecer. O, a la inversa, una menor tolerancia al malestar o a la insatisfacción con la pareja.

Cosse (Op. cit.), sugiere que:

las desviaciones parciales, públicamente silenciadas pero toleradas en privado (especialmente en el caso de los varones), han formado parte de la praxis de la monogamia desde siempre. Sin embargo, el modelo de la pareja monogámica resistió los embates que los movimientos del amor libre le dedicaron en los años 60 y 70.

Tenenbaum se pregunta, entonces: “¿Cómo se explica esta victoria, aún reconociendo que se trata (teniendo en cuenta la fluidez de los vínculos actuales, la caída del número de matrimonios y el crecimiento de los hogares unipersonales en las grandes ciudades) de una victoria parcial?”. En el texto arriba citado propone:

entre las explicaciones sociológicas abundan aquellas que hablan de una confluencia de factores. Uno de los más citados es la restauración neo-conservadora de Ronald Reagan en la década del 80, que fogueada por la Guerra Fría acabó lentamente con los experimentos comunales del amor sesentista; la crisis del SIDA o, más bien, las campañas anti-sexo que la epidemia desató en los países centrales, particularmente en Estados Unidos.

Más adelante Tenenbaum plantea una interesante línea para explorar por qué la pareja persiste. Se trata, según su punto de vista, de una organización que, aún con sus rigideces, fue históricamente lo suficientemente flexible para adaptarse a los cambios en el tiempo y fue capaz de reabsorber manifestaciones sexuales “subversivas” que podrían haber apuntado en su contra.

En esa línea, Isabella Cosse en *Pareja, sexualidad y familia* (Op. cit.) afirma que la difusión del sexo prematrimonial entre novios tuvo inicialmente un componente revulsivo, pero fue rápidamente absorbido por la lógica del matrimonio: se volvió hasta recomendable para “probar” a los candidatos y candidatas y así hacer una “mejor elección” a la hora del casamiento.

Destacamos, entonces, la capacidad de la pareja para “incorporar”, “asimilar”, “absorber” los cambios que la ponen en jaque. Desde esta perspectiva cabe preguntarse si la explosión de aplicaciones como Tinder o Happn ha ido a operar en la fisura de la monogamia o, por el contrario, fue, al menos en parte, reabsorbida como herramienta para buscar “una media naranja” (Silvia Nussbaum, 2017).

No podemos, sin embargo, negar la existencia creciente de búsquedas de experiencias que desarticulan la sexualidad del amor como las que suelen demandarse en estas aplicaciones,

pero también proponemos suscribiendo la sugerencia de Silvia Nussbaum, que junto a la búsqueda de encuentros ocasionales, suele haber además otros que consultan en estas redes sociales con una demanda basada en el anhelo de formar una pareja con el formato de la modernidad.

Una investigación importante en este terreno es la llevada a cabo por Emily Witt que parece avalar este último punto de vista: la confluencia de búsquedas de relaciones ocasionales y también la demanda de relaciones amorosas.

Emily Witt (2016) desarrolla una investigación en su texto de *Future Sex: A New Kind of Free Love*, en la que explora el modo en que podemos pensar las utopías del amor libre medio siglo después del verano del amor. Witt investiga, entre otras prácticas amorosas y sexuales, el amor libre, se pregunta por las diferencias de este estilo de vida supuestamente extraño para la sexualidad *mainstream* concluyendo que tal vez esta práctica no esté tan lejos de la búsqueda amorosa de la pareja previa.

Esto también rige para el movimiento feminista. Tenenbaum dice en su texto que en los últimos 30 o 40 años, muchas feministas parecen pensar que la monogamia no es necesariamente un problema para la perspectiva de género, al menos, lo piensan por omisión. Para transmitir el pensamiento feminista en este punto cita un breve trabajo titulado “The personal is still political: heterosexuality, feminism and monogamy”, publicado en 2004, por las feministas Sue Scott y Stevie Jackson (sociólogas y profesoras del Departamento de Estudios de la Mujer de la Universidad de York), quienes describen que desde su despertar feminista en los años 70, los cuestionamientos a la monogamia han perdido muchísimo interés en la reflexión feminista y de género, tanto en la academia como en la militancia. Muchos otros temas, en cambio, ganaron en peso relativo: a pesar de la histórica crítica feminista a la institución del matrimonio, los estudios y movimientos en favor del matrimonio entre personas del mismo sexo se volvieron centrales.

En parte esto puede explicarse por razones pragmáticas: muchas campañas a favor del matrimonio de personas del mismo género y de la posibilidad legal de adopción de las mismas, apelaron a una lógica de “la mismidad”: “el mismo amor”,

“la misma familia”, “las mismas parejas”. Estas campañas fueron efectivas y dieron como resultado, tanto a nivel legal como en la mentalidad vigente en el imaginario social, que las personas LGBTQI+ fuesen consideradas como personas con los mismos derechos y con deseos y sentimientos similares a los que tenían las parejas heterosexuales. Este movimiento promovido por las organizaciones en pro de la diversidad sexual no creó entonces una nueva forma de aparearse, en cambio reforzó la idea de un modelo único, fabricado a la medida de la pareja clásica heterosexual monógama, es decir, fundamentando su unión en el amor. De esta forma, la pareja moderna absorbió, asimiló, en su formato a las parejas del mismo género. Como una nota de color acerca de cómo desde el movimiento *gay* se trata de concebir la relación entre personas del mismo sexo, como una relación amorosa, reproducimos una imagen de la escultura de George Segal en Plaza Sheridan en New York con la que honra la lucha del movimiento *gay* por sus derechos a tener un lugar similar en la sociedad al de las parejas heterosexuales. Esta escultura conmemora el levantamiento que tuvo lugar enfrente de este parque en la Plaza Sheridan en 1969.



Esta descripción que plantea que sigue rigiendo el imaginario amoroso del romanticismo en la conformación de las parejas, entra en colisión con la objeción que proviene de la frase de Lacan “*Il n’y a pas de rapport sexuel*” (que puede traducirse como que no hay relación sexual, o no hay proporción sexual en la pareja, o no hay reciprocidad en el amor). Por cierto, esta frase es muy compleja y alude a un cuestionamiento muy sutil acerca de la falta de “adecuación” o “reciprocidad” entre lo masculino y lo femenino.

La falta de inscripción que tiene el vínculo, tal como lo piensan los analistas lacanianos, los ha llevado a no hablar de “una relación de pareja”. Sin embargo, están atendiendo parejas y han tenido que hacer consideraciones sobre esta “inexistente relación de pareja”. Es interesante el marco que propone Jacques Alain Miller en sus “Conversaciones clínicas en Barcelona” recogidas en el libro *La pareja y el amor* (2003). En esas conversaciones acerca de entrevistas de parejas realizadas por analistas catalanes, sugiere “varios modelos de relación”, entre ellos destacamos cuando alude a “la elección de objeto narcisista (con el algoritmo a-a´, alude a la identificación imaginaria), mentando con él al modo en que una mujer elige como pareja a un hombre tal como ella hubiera querido ser, es decir, como su yo ideal, está en juego una relación imaginaria (narcisista, mentando la identificación imaginaria a-a´), pero en relación con una función simbólica I (A), en tanto con I (A) se refiere al papel que juega en esa elección de objeto una identificación del objeto con los padres (como el padre, o como la madre) o un tercer modelo al que llama fantasmático en el que el *partenaire* tiene la cualidad de complementario.

En estos tres modelos, Miller sostiene que estas elecciones se hacen sobre la base de la búsqueda de un igual al ideal (o en nuestro modelo un gemelo) o de la de un complementario en el último algoritmo.

Miller, pese a las distinciones que hace en sus conversaciones, no parece dar lugar al papel, a nuestro juicio estructurante, que tiene la creación conjunta de este campo imaginario. Decimos esto porque a despecho de la quizás acertada frase de Lacan “*Il*

n' y a pas de raport sexuel", la subjetividad de la pareja moderna ha estado marcada, y en algún sentido lo sigue estando, por la convicción que esto no es así. Incluso Miller mismo da cuenta de la "inexistente relación" con argumentos que se afirman en el papel de lo imaginario: relaciones que se instituyen sobre la elección de un igual al ideal, al objeto anaclítico o sobre alguien que se concibe como complementario.

También esta presuposición que dice que, en la pareja actual, en buena medida, sigue vigente la búsqueda amorosa, se tensa con la literatura posestructuralista que presupone que esta búsqueda amorosa ha dejado de tener el lugar hegemónico que tenía en la modernidad. Ya discutimos más arriba planteando que si bien es innegable que hay un cambio en el papel que ocupa el amor en la constitución de las parejas, postulamos, desde nuestra experiencia clínica, que tanto en el imaginario social como en la mayoría de los individuos que buscan una relación en los TIC, con gran frecuencia está implícita la expectativa que del encuentro resulte una relación amorosa con bases similares a los de la modernidad.

Esto lo hemos explorado en extenso en el capítulo 7 de *Teoría y Clínica Vincular* (2013-2014) y a él remitimos para no repetirnos.

Solo enfatizaríamos dentro de lo allí expuesto que quizás la esencia de la posmodernidad no esté en las familias ensambladas o en las parejas del mismo sexo que como describiremos más adelante reivindican la aspiración moderna de la felicidad dada por la reciprocidad amorosa.

Estas configuraciones han reivindicado y reivindican ser reconocidas por la sociedad como iguales a las uniones que constituyeron la pareja moderna. Quieren tener el mismo reconocimiento que el otorgado a la pareja moderna.

En cambio, los que "eligen vivir solos", personifican el desencanto de la pareja unida por el amor que inventó la modernidad, no creen en las grandes pasiones. Distinguimos dentro de los que viven solos, los que eligen vivir solos de aquellos que viviendo solos, anhelan vivir con otro.

Se ha caracterizado a los que eligen vivir solos como el arquetipo de la posmodernidad, un sujeto que en su modo de pensar desea acabar con las ilusiones de certeza de la modernidad sintiendo desencanto respecto de sus promesas y expectativas. Se afilia a un modo de pensar que podríamos caracterizar como el pensamiento de la incerteza, de la duda. Quiere ser eficaz.

Su criterio es el de la operatividad y no el juicio sobre lo verdadero y lo justo.

Este hombre/mujer de la posmodernidad no concibe el futuro como un momento separado de su presente, al modo en que era pensado en la modernidad. El futuro, para el hombre/mujer con un pensamiento instituido por el paradigma de la posmodernidad, es una prolongación del presente sin solución de continuidad con el mismo.

Este individuo posmoderno es incrédulo respecto de los grandes metarelatos, a los que invalida por sus efectos prácticos. Sin embargo, para matizar la anterior descripción diríamos que un habitante “promedio” de los que eligen vivir solos en una ciudad en el siglo XXI, del género y la orientación sexual que fuere, probablemente atravesará varios períodos a lo largo de su vida en los que tendrá relaciones amorosas breves, sucesivas o simultáneas: no tenemos un nombre para eso, o más bien sí, lo llamamos sencillamente “ser soltero/soltera”, pero este “ser soltero/soltera” ha vivido una experiencia que no tiene absolutamente nada que ver con la de una joven soltera de los años 50 y mucho menos con alguna de comienzos del siglo XX, que probablemente estuvo viviendo con sus padres, con una vida sexual inexistente o clandestina.

De acuerdo con lo expuesto, concluimos que buena parte de las parejas que viven hoy en Occidente urbano tienen un formato moderno e incluso muchas de ellas, con una fachada posmoderna –como las que instituyen las familias ensambladas o las del mismo género–, tienen un basamento moderno.

Sugerimos que no da cuenta de la experiencia clínica la suposición que los supuestos de la posmodernidad constituyen el paradigma predominante en las relaciones amorosas.

Conviven también en la sociedad parejas con aspecto moderno pero con funcionamiento premoderno. Nos extenderemos sobre estas distinciones en la perspectiva teórica que vamos a proponer.

Por ahora adelantamos como ejemplo de premodernidad que, aun con los cambios sociales, muchas de las parejas existentes, presuntamente modernas hoy en día, están lejos de ser igualitarias, así, no suele ser igualitario el reparto de las tareas domésticas en las parejas heterosexuales: con frecuencia las mujeres cargan con responsabilidades domésticas dedicando a esas tareas el doble de tiempo en comparación con los varones.

Volvemos entonces sobre la pregunta: ¿cambió la institución de la pareja en estos últimos años? ¿Está cambiando? Si ese fuera el caso, ¿cuáles de estas tendencias van a pronunciarse en el futuro cercano? Los expertos son cautos. El reconocimiento por parte del Estado de la legalidad y legitimidad de uniones y familias “diversas”, aunque no alcance por si solo para motorizar transformaciones culturales, es definitivamente parte del cambio y todavía tiene mucho para dar, como lo tiene también el otro gran agente de cambio, el movimiento feminista y su difusión en la sociedad.

Sin embargo, las leyes de buena parte del mundo continúan sosteniendo el formato monógamo, aunque lentamente van operándose transformaciones, incluso en esta modalidad. También diríamos que, aunque tenemos que tener presente estos cambios que se han dado y que se avecinan, por ahora en la consulta la mayoría de las parejas que acuden a nuestros consultorios tienen un formato y basamento moderno.

A partir de presuponer que la “pareja moderna”, en sus diferentes formatos, es la que más frecuentemente acude a nuestros consultorios, exploraremos los malestares y bienestares del amor en ellas.

Para hacerlo, partimos de la observación frecuente que el motivo (manifiesto) de consulta en las parejas estructuradas sobre la base de los fundamentos de la modernidad, habla de un *malestar* que se expresa en forma de relatos en los que están presentes reproches originados en “una falta, una enfermedad, una ausencia, un estorbo, un retardo, un desencuentro, una

infidelidad, una limitación, una inhibición, una falta de lealtad, un accidente, una falta de alegría, una falta de novedades o alguna otra situación que, a juicio de los miembros del vínculo ha interferido con el “buen orden en que debieran vivir”.

En las consultas, a raíz de ese malestar, los miembros de la pareja se suelen acusar haciendo mutuos reproches buscando “una explicación” de lo que les ocurre.

En esa “explicación-reproche” que origina la consulta, suelen suponer “al malestar que experimentan” como impropio del vínculo, como algo no inherente a él, como una malformación que se ha agregado a la vida de la pareja o la familia; lo consideran ectópico en tanto lo conciben como una interferencia en una continuidad ilusoriamente posible, congruente con la premisa del “buen orden”, del “bienestar”, en que debieran vivir.

Ese “buen orden”, ese “bienestar que debieran experimentar” implica la creencia que “debieran sentir complicidades sincronizadas y expectativas de mutuas reciprocidades”.

A los reproches que intercambian ante la aparición del malestar, subyace la creencia que de no haber mediado “la mala acción que lo produjo”, no lo estarían sufriendo y gozarían del “buen orden”.

Guiará este trabajo el siguiente interrogante directriz: ¿cómo caracterizar los bienestares y los malestares (del amor) que surgen en la pareja conformada de acuerdo a los fundamentos de la modernidad?

Nos proponemos como objetivos caracterizar los bienestares y malestares del amor en la pareja de la modernidad en Occidente urbano del siglo XX y XXI; describir cómo la modernidad concibe a la pareja en Occidente urbano; exponer desde nuestra perspectiva teórica qué es la modernidad; explicar desde esta perspectiva cómo la modernidad concibe el amor y distinguir distintos tipos de malestares y bienestares del amor en las parejas de la modernidad en la clínica vincular.

El propósito de este ensayo es describir caracterizaciones clínicas, sus distintas modalidades en la consulta, para el logro de una mejor comprensión y manejo de las mismas en el abordaje psicoterapéutico.

Perspectiva teórica

Para situar la perspectiva teórica de este ensayo y enmarcar el objeto que queremos estudiar, vamos a delimitar cómo ha cambiado la pareja con el tiempo, qué variedad de conformación de parejas se da en diferentes espacios geográficos y epocales, de qué modos diferentes se ha concebido el amor, para entonces, desde ese piso, una vez caracterizada “la pareja de la modernidad”, abordar y describir qué tipo de bienestar y malestares del amor se experimenta en ese vínculo.

La pareja, los bienestar y malestares en su seno, son un fenómeno extremadamente complejo que, para comprenderlos, deben ser estudiados y considerados desde muy diferentes miradas y vértices: antropológicos, filosóficos, económicos, sociales, políticos, emocionales, pasionales.

En este TIF vamos a privilegiar una de esas miradas, uno de esos vértices, el emocional, el pasional, en particular, el papel del amor en el vínculo de pareja y los malestares y bienestar que se originan a partir del mismo, lo que no implica desestimar las otras miradas, pero que no entrarán centralmente en nuestra consideración.